

Letras de mujer. Juana Manuela Gorriti y la imaginación nacional andina, siglo XIX

Luis Miguel Glave

Juana Manuela Gorriti (Salta, 1818-Buenos Aires, 1892) fue una mujer apasionada y apasionante; innovadora. Tan real como que su vida pareciera de novela. En su biografía se tejen las nacientes historias nacionales de tres países: la Argentina andina, Bolivia y Perú. Por la literatura de Gorriti descubrimos cómo fue que se creó un universo femenino dentro de las comunidades imaginadas de nuestros países y cómo, en ellas, se desarrollaron formas de representar las relaciones de género. A propósito de un personaje, este trabajo aborda la historia de las representaciones nacionales formativas, el lugar de la literatura en ellas y el papel del discurso feminista en el nuevo entramado de relaciones de género. Juana Manuela Gorriti no fue sólo una “mujer de letras”: ella escribió la historia con letras de mujer.

Representaciones de un personaje y una época

El escritor boliviano Joaquín Aguirre Lavayén declaraba muy suelto y seguro a una pregunta del periodista Mario Baptista Gumucio sobre Manuel Isidoro Belzu, presidente boliviano entre 1848 y 1855:

Belzu es el árabe cornudo que se traga en silencio el veneno que le sirve Ballivián [...]

El presidente de Bolivia, José Ballivián, le quita a su bella esposa Juana [Manuela] Gorriti y lo degrada al rango de humilde sargento. ¿Sabes querido mago lo que es un árabe cornudo?... ¡Es un volcán!: en ese corazón de Belzu bulle un volcán reprimido que en su profunda amargura encuentra alivio amando a sus dos hijas y amando a esos indios quechuas y aimaras tan infelices y explotados como él.

Ésa es la base de uno de los argumentos de su novela teatral *Guano maldito*, con varias ediciones populares en su país. El problema es que nunca se podrá probar fehacientemente que Belzu fuera árabe y, sobre todo, para lo que nos interesa, cornudo. Sin embargo, ésta es una “verdad” narrativa literaria en Bolivia. También lo es, aunque pareciera que el tema no compitiera a ese otro discurso narrativo: el de la historia. La licencia literaria puede presentar la “indignidad” cornuda de Belzu como argumento; a fin de cuentas, incluso alguien podría decir que de eso se trata, pero sabemos que es algo más. Es un discurso cotidiano que se ha hecho casi oficial en Bolivia. No en vano, a guisa de ejemplo, *Guano maldito* tuvo un relativo éxito para un mercado editorial como el boliviano.

El manual de historia boliviana de Humberto Vázquez Machicado, uno de los más difundidos resúmenes de la época, al presentar el periodo

presidencial de Manuel Isidoro Belzu, “deja constancia de estas intimidaciones, pues por ellas, por un drama de amores y celos, se ensangrentó casi diez años la historia de Bolivia”. Menos suelto de adjetivos que el literato, el historiador califica a Belzu como un hombre herido por la “deshonra”, causa última de las guerras intestinas y las venganzas que se sucedieron desde 1847.

El discurso historiográfico moderno no deja de elevar la supuesta infidelidad [privada] de la argentina al rango de explicación de la lucha [pública] entre Ballivián y Belzu. Así, el propio Tulio Halperin Donghi asume que el enfrentamiento “encontró estímulo en la incontrolable pasión del presidente por la esposa de Belzu”; aunque en defensa de la diferencia de este discurso sobre los anteriores, fue el varón el incontrolado y no la mujer la inculpada.¹

Como quiera que sea, un asunto privado, indemostrable, cobra el rango de explicación discursiva, en el fondo de la cual la mujer aparece en el génesis nacional boliviano como la misma víbora tentadora, la “moza y hermosa” de la pérdida masculina con la que se regodeaba la misoginia literaria del siglo de oro español y el barroco americano.

Mary Louise Pratt escribió un interesante artículo sobre las escritoras americanas del siglo XIX. Ahí decía:

Me propongo, a través de una serie de ejemplos, observar cómo las mujeres intelectuales latinoamericanas, sobre todo en el siglo XIX, han contemplado el proceso de construcción nacional, y cómo se han situado (imaginado) a sí mismas con respecto a éste.²

Eso es lo que desde distintas perspectivas han venido haciendo varia(o)s estudiosa(o)s de las mentalidades, las ideas y la historia de género en el siglo XIX americano. El caso de Juana Manuela Gorriti es paradigmático en Argentina. Mary Louise Pratt analiza, junto a otras, la historia de un salteador, en *Sueños y realidades* de Juana Manuela Gorriti. Dice que sus personajes femeninos se abocan a la tarea de la su-

pervivencia colectiva y a la continuidad social como sus tareas fundamentales, complementarias al papel militar masculino: imagen del papel de la mujer en la fundación nacional que aparece en varias obras de pluma femenina.

Por su parte, Lea Fletcher, quien dirige un grupo taller dedicado al estudio de la vida y obra de Juana Manuela Gorriti en Buenos Aires, señala que la escritura femenina en Argentina ha sufrido la misma pobre valoración por parte de la crítica que en Perú. Escritoras que contribuyeron a crear la novela en ese país y que pusieron las bases de un discurso femenino, vienen siendo sin embargo revalorizadas. La propia Juana Manuela Gorriti fue despachada rápidamente por la primera historia literaria argentina de Ricardo Rojas con adjetivos duros (como veremos que ocurrió en Perú). Otra es no obstante la receptividad social y cultural de su figura. Juana Manuel Gorriti es la única mujer escritora “conocida por prácticamente todos quienes pasaron por la educación escolar” en ese país. Ella es identificada por su escritura, aunque no deja de mencionarse el protagonismo de su familia y sus patriarcas. Para ese imaginario nacional, Juana Manuela Gorriti es una escritora argentina y Argentina es también una idea que ella contribuyó a forjar. La primera novela corta argentina es, para esta crítica, nada menos que la limeñísima *La quena*, de 1845-1848.³

¿Quién fue Juana Manuela Gorriti y cómo despertó estos encendidos sentimientos discursivos? ¿Cómo fue que llegó a Perú y por qué en ese país alumnos de escuela, textos universitarios y el *corpus* y la historia literarias no la han recordado, aunque fuera como pérfida traidora capaz de encender la historia machista de un país?

Biografía e historia

Juana Azurduy de Padilla: femenino bautizo de fuego

Era sólo una niña cuando en 1822 vio entrar en los salones de su aristocrática casa en Salta a

Juana Azurduy de Padilla. "El loor a sus hazañas flotaba ante mis ojos como un incienso en torno a aquella mujer extraordinaria y formábala una aureola", escribió, recordando ya anciana, Juana Manuela.⁴ La mujer transformadora del mundo, la conductora del corcel y de los hombres, pero también la humillada en la historia por su intrepidez desafiante, se revelan como síntesis de su género en el perfil que retrata de un recuerdo bordado entre la historia y su propia biografía. No es muy claro que la infante de cuatro años tuviera en la memoria a la gigante luchadora de La Laguna, en la guerrilla independentista de Bolivia. Es evidente en cambio que la todavía vivaz anciana tenía en su propia identidad un icono formado de la lucha por definir y defender su ser y su género en la historia nacional americana.

Juana Azurduy luchó al lado de su esposo Manuel Ascencio Padilla en la turbulenta época de los movimientos patriotas contra el dominio español en el Alto Perú. Los patriotas del sur no podían acabar con la hegemonía española en la sierra y ante ella, rebeldes de distintos pueblos llevaron adelante luchas heroicas, desiguales y tenaces. Juana participó en todas las campañas—su terreno de combate era conocido como el de "los guerrilleros Padilla"⁵—y, en 1816, muerto su esposo, llevó adelante ella sola los combates, hasta que tuvo que abandonar el territorio altoperuano para refugiarse en la frontera salteña, donde Güemes había puesto en jaque a los realistas. Allí recibió el título de "Teniente Coronela de la Independencia" y fue reconocida—en elevación lírica de la mujer que trota—como "ilustre amazona" de la patria. El padre de Juana Manuela mandaba en Salta—muerto Güemes en último aleteo de los realistas—cuando la niña la vio. Luego de la independencia definitiva en 1824, regresó la Azurduy a su tierra, Chuquisaca; lejos de ser premiada, vivió en la pobreza, el ostracismo y la soledad con que las nacientes repúblicas premiaron a las mujeres que lucharon por crear un orden nuevo. Y así la tuvo en su recuerdo Juana Manuela cuando escribiera, sutilmente: "algunos caudillos tuvieron envidia de esa gloria femenina".

Martín Miguel de Güemes: la tierra natal y el sello social

La pluma de Juana Manuela dejó un espléndido repertorio de imágenes, ficciones y testimonios. Como bien han señalado las recientes estudiosas de su obra en Argentina, se erigió en biógrafa para autenticar su escribir autobiográfico; entre personajes y paisajes, un discurso americano y nacional se abrió paso en su indesmayable carrera editorial.⁶ Junto a la mujer popular y libertaria que retrató en su recuerdo de Juana Azurduy, otros iconos marcaron la visión del mundo de la escritora. Así retrató también, con mucha imaginación, al líder salteño de la independencia, Martín de Güemes.

"Un guerrero alto, esbelto y de admirable apostura. Una magnífica cabellera negra de largos bucles y una barba rizada y brillante cuadraban su hermoso rostro de perfil griego y de expresión dulce y benigna." Montaba un "fugoso caballo negro como el ébano" y, a su lado, pendía una espada que "brillaba a los rayos del sol como orgullosa de pertenecer a tan hermoso dueño" ("Güemes: recuerdos de la infancia", Salta, 1858). "Ídolo de los corazones", "columna de la patria", el general de los *gauchos* lograba que humildes campesinos y ganaderos se trocaran en aguerridos combatientes que profesaban lealtad absoluta a su mágico conductor. Así retrató Juana Manuela Gorriti a uno de los mitos del imaginario regional argentino. Cuando pasó por Salta, de regreso de Perú, hacia 1880, difundió su *Güemes*, junto con otras plumas reivindicativas del héroe.

Salta era una activa villa andina que desempeñaba un papel de bisagra entre los Andes y el Plata. Su espacio local era dominado por un pequeño pero sólido grupo de propietarios de tierras y ganado, comerciantes y vecinos, una clásica oligarquía local surgida del comercio pero con las mismas expectativas de nobleza y aristocracia. La familia de Juana Manuela era una de las más representativas. Su padre, José Ignacio, fue amigo y socio político de Güemes, mientras que su hermana Juana María estaba casada con el general Manuel de Puch, otro líder regional hermano a su vez de Carmen Puch,

la esposa de Güemes. Su tío, conocido como el canónigo Gorriti, fue uno de los políticos más importantes de la fundación republicana argentina.

Iniciada la revolución de la Independencia en el Atlántico en 1810, la consolidación de las Provincias Unidas del Río de la Plata no podría lograrse si no se derrotaba a los españoles de Perú. En el altiplano alto peruano, los guerrilleros de las republiquetas no tenían fuerza para derrotar al ejército profesional realista y las fuerzas rioplatenses no pudieron darles el apoyo necesario. Juana Azurduy simboliza esa bancarrota: no logra consolidar un frente, debe refugiarse en Salta y consigue medallas, homenajes y promesas que nunca redundaron en efectivo apoyo económico y político. En 1815 se convoca a un congreso en Tucumán, donde participan los poderes locales y el revolucionario de Buenos Aires, cuando el poder central surgido de 1810 se había desmoronado. Hasta que San Martín consiguiera liberar Chile y marchar por la costa sobre Perú, la frontera militar sería Salta. Ya las facciones y bandos habían empezado la continuación de la guerra: de liberadora frente al poder hispano a guerra civil entre grupos de poder, caudillos y políticos quienes, más que tenerla, imaginaban una nación.

En Salta, los poderes locales fueron tolerados y el dique defensivo frente a los realistas fue financiado por la oligarquía regional. Facciones internas se formaban entonces y el pueblo, los campesinos, ganaderos, arrieros sujetos a los propietarios, eran movilizados por amos que afianzaban así su hegemonía en la nueva circunstancia política que esa guerra estaba creando. Güemes se impuso a los bandos y logró ser tolerado por militares y políticos del poder central y el Congreso tucumano.⁶

Resistido el poder de Güemes por otros hacendados y recelosos políticos, viajeros como King lo describieron como un déspota. Años más tarde, Mitre lo ubica como un anárquico caudillo menor. Su aspecto personal incluso fue dibujado por el general Paz como una contrafigura del héroe, gangoso y de mal aspecto. Cuando en 1821 muere Forbes, el encargado de negocios norteamericanos, cuenta que se produjeron ti-

roteos de facciones opuestas a que fuera enterrado en la catedral. Sus epígonos han logrado "probar" el lugar donde se produjo su muerte, huyendo de una celada realista, para contradecir el rumor maledicente de que fue sorprendido y herido por un grupo realista cuando se hallaba desprevenido en el lecho de su amante, escena que por lo demás, así burdamente presentada, compartieron con distinta suerte Ballivián, el propio Bolívar y otros caudillos de las guerras americanas del siglo XIX. Pero la aristocracia local y la historia oficial lo convirtieron en el gentilhomme, de bella estampa y noble corazón, al que seguían cual querubines de un sueño nacional cientos de *gauchos*, tan imaginados como los bucles de la magnífica cabellera negra del caudillo que Juana Manuela retratará de otro de sus supuestos recuerdos bordados de la imaginería de su clase y de su región.

Manuel Isidoro Belzu: el inicio del peregrinar, del amor y la aventura de una nueva América andina

La civilización y la barbarie, la lucha interminable, aquí y allá, forjó —entre el drama épico y la parodia humana—, un nuevo panorama nacional en los pueblos andinos. Bolivia nació de una disidencia, enclavada entre dos hegemonías, del norte y del sur: Perú rompió con Bolívar y la Gran Colombia inició las luchas internas entre caudillos y líneas políticas. Sin dejar de mirar su antiguo complemento del altiplano, interviene en las luchas internas paralelas de Bolivia, mientras que en la inmensa Argentina Rosas inicia un largo dominio, bajo el telón de fondo de la lucha entre los unitarios y los federales. Facundo Quiroga (el *Facundo* de Sarmiento) entra en Salta a sangre y fuego en 1831. La propia familia Gorriti se divide. El guerrillero Pachi Gorriti, tío de Juana Manuela, se adhiere a los triunfantes federalistas de la Patria Nueva, mientras que José Ignacio, el padre, el que había logrado la unidad de los poderes locales salteños, se ve precisado a huir con los unitarios, hombres de la Patria Vieja, seguidores de la estela regionalista de Güemes.

Siguiendo el camino inverso al de Juana Azurduy, la joven Juana Manuela cruza la frontera hacia Tarija, terreno intermedio y disputado entre la posible Bolivia y la ensangrentada Argentina andina. Ahí la aristocrática Gorriti conoce a un modesto joven militar, Belzu. Enamorados enfrentan los fantasmas de la oposición paterna y las diferencias de una fina educación y un rudo aprendizaje, hasta que contraen matrimonio en 1833.

¿Cómo entrar en la trama de la relación de Juana Manuela y Belzu sin caer en el tópico imaginario de la infidelidad posterior de la esposa? Es decir, ¿por qué dudar de la trama privada de un romance triangular y no hacerlo de la del primer encuentro romántico?

Manuel Isidoro Belzu nació en La Paz en 1808; su padre, Gaspar Belzu, y su madre, de humilde condición, Manuela Humeres. Aunque así figura la escritura, el chisme enemigo lo hacía hijo de un "árabe" desconocido que tuvo relaciones de manera ocasional con su madre. Otros, como un diplomático brasileño, recogieron la versión de que fue hijo natural de un sacristán de Oruro. Pero por su estampa física, su fama trascendió como la del "árabe" Belzu, el "terrible beduino", como lo llamara Victoriano San Román, incansable fabricante de insultos escritos desde Lima en los años 1853-1855.

De niño se dedicó a vender fósforos o "pajuelas", por lo que sus seguidores, que así se contaron por millares, fueron llamados los "pajueleros". A los 15 años escapa de San Francisco, donde había sido puesto para educarse, y se enrola en las tropas de Santa Cruz. Detenido y devuelto a su casa, su hermano quiso hacerlo oficinista, pero el temple aventurero y de armas del futuro caudillo militar y presidente boliviano, no pudo ser domeñado.⁷

Fue la pluma de la propia Juana Manuela en *Panoramas de la vida* la que retrató el talante de las aventuras militares de quien fuera su marido, un retrato construido por ella que luego ha sido eternizado por el discurso denigrante hacia la propia autora, como veremos. Luchó al lado de Santa Cruz a pesar de ser —como su mujer, que sutilmente habló e hizo política— ferviente anticrucista. Su ascenso no fue en muelle

almohada árabe: tuvo la dureza de los caminos frágiles de las sierras con ascensos vertiginosos y pendientes de abismos.

No era un desconocido cuando dio su golpe de estado en 1848. Su gran capital era su rudeza, su valor, su entrega y su ambición. En Tarija, en 1833, al inicio de su trajinar por la guerra bajo el mando del general José Ballivián, conoció a la Gorriti.

¿Cómo se produjo la atracción de la sutileza y la elegancia de una formación aristocrática, inclinada a las letras desde pequeña, por ese oscuro y a la vez brillante militar que vendió pajuelas, esgrimió las armas y su valor como argumento y no tenía más pergaminos que su mote de árabe? La pareja vivió intensamente su romance. Dos hijas alumbró la escritora. Entre 1833 y 1848, vivió los vaivenes de la más cruda expresión del militarismo americano, la mitad de la etapa de 1828-1848, cerrada por Belzu, el introductor de las masas en la política, el "tata belzu" de la plebe en que se apoyó para sorpresa de la aristocracia.

Fue entonces cuando se desarrolló la trama con la que iniciamos este artículo: el encuentro de Ballivián y Juana Manuela, los celos de Belzu, el encono, la guerra y final victoria del líder de los pobres, el "tata belzu", y el general de los aristócratas Ballivián, el experto jugador de rocambo, el seductor a quien Alcides Arguedas (*La plebe en acción*) acusó de haber "puesto en problema la fidelidad de todas las mujeres casadas".

Un distanciamiento entre la pareja se produjo a los pocos años de matrimonio: eran personalidades fuertes y entregadas a sus pasiones —el poder y la guerra el uno, la vida y las letras la otra. Una fértil e imaginativa historiografía, en Bolivia y Argentina, ha interpretado los sucesos privados, ora defendiendo la "moralidad" de Juana Manuela, ora condenándola. La tinta ha corrido más en la segunda vertiente.⁸ ¿Exceso pasional de los historiadores? ¿Intrascendente o inútil debate? ¿Impertinencia? A fin de cuentas, pudo tratarse de un desliz, de un error, de los celos de un "moro". Fue un tema único, irreplicable, privado por último, que se recuerda por su impacto en la escena pública y nada más. El

apasionado triángulo, sin embargo, fue menos privado que público y la representación que de él se ha hecho en el imaginario popular, más influyente en lo privado, lo íntimo, que en el olimpo público de los héroes de las nacientes repúblicas.

Un libro de crónica histórica, “estrictamente cronológico” pero imaginativo que narra las aventuras de los caudillos individualistas de los inicios republicanos de América es un buen ejemplo de la inventiva (entre individual y colectiva) colocada como narración de la realidad. Rodríguez Mendoza fue un autor chileno que escribió desde fines del siglo XIX, novelista (*Última esperanza, Santa colonia*) que escudriña la historia para su material literario. La obra consta de “libros” sobre: Juan Manuel de Rosas, Gaspar Rodríguez de Francia, de Santa Cruz a Melgarejo y García Moreno, las cumbres del caudillismo y la aparente irracionalidad política de una naciente América. En el episodio boliviano, un capítulo trae el suceso del ascenso al poder de Melgarejo (el siguiente caudillo popular boliviano): “Belzu ha muerto... ¡Viva Melgarejo!” Melgarejo, “melgacho”, alcohólico, gordo, mujeriego amante de una chola, Juana Sánchez (otra figura femenina de escarnio masculino en la imaginación histórica boliviana), a quien “tenía” como orgulloso propietario. En medio del desconcierto, cuando La Paz estaba en poder de Belzu —cuyo ascendiente popular había sido irrefutable hasta muy recientemente—, luego de haberse descalabrado el mando de Achá, entonces en el mando nacional, Melgarejo logra entrar hasta el Palacio. Dice Rodríguez Mendoza:

La escena ha sido contada de diversas maneras, como que da para todas las fantasías, porque es enormemente única; pero lo exacto es que después de derrotado, Melgarejo entra a Palacio, mata o hace matar a Belzu y sale en seguida, pasando sobre el cadáver, a dar fe pública de la defunción. —¿Quién vive ahora?... —pregunta—. ¡Belzu ha muerto!... ¡Viva Melgarejo!⁹

Efectivamente, sobre ese episodio tenemos otra narración: Melgarejo entra en Palacio, Belzu pensó que venía a rendirse y abrió los brazos para una reconciliación; Melgarejo le reventó la cabeza de un pistoletazo; afuera el pueblo esperaba y salió Melgarejo con el consabido “Belzu ha muerto”... Así lo relata o lo toma José Luis Lanuza en *La novela de Juana Manuela Gorriti*. Textos como éstos o el de Alfonso Crespo¹⁰ y otros han circulado en Bolivia profusamente, haciendo de Belzu un héroe popular. El municipio revolucionario posterior al año 1950 convocó a concursos sobre la vida de Belzu. En el discurso “heroizante” que resultó, algunos de los momentos más llamativos, por lo romántico, provienen del retrato que hizo la propia Juana Manuela Gorriti, la más íntima y firme de las plumas que contribuyó a “crear” a Belzu. Sin embargo, cuando el discurso habla de la esposa, la condena tiene los ribetes ya mencionados. No obstante lo cual, consta que la pareja intentó reconciliarse luego de su separación (cuya razón y tema queda en el universo privado de los actores) y que en el momento de la muerte del héroe populista, Juana Manuela fue quien recogió el cadáver, encabezó un cortejo de mujeres del pueblo y pronunció un discurso fúnebre —aunque, por lo bello, podemos pensar que efectivamente estamos ante otra imagen creada entre los deseos y los remordimientos—.

La Mariscal en paralelo: tópicos de historia machista

En 1828, desde el Cusco, donde ejercía la Prefectura, el general Agustín Gamarra llevó adelante, por encargo presidencial, la primera invasión peruana de Bolivia. Se trataba de consolidar las posiciones antibolivarianas, pero, de paso, la presencia del ejército peruano fue tenida siempre como una invasión. Durante varios meses, las tropas peruanas ocuparon el vecino y reciente país, e intervinieron en la política interna de manera abierta y descarada. El mariscal Sucre había tenido que dejar el mando, sus fuerzas “colombianas” se habían disgregado, convirtiéndose en bandoleros, en Bolivia, donde hirieron

al propio Sucre, y en Salta, donde inclinaban la balanza a favor de uno u otro bando de las facciones políticas regionales. No fue una época grata en el recuerdo y en la imaginación nacional de Bolivia, ni Gamarra un héroe. Sin embargo, ello no explica la figura que una historiografía ha construido con su esposa, Francisca Zubiaga, la Mariscal. Según esta versión, el jefe boliviano, José María Pérez de Urdininea, sucesor de Sucre, en lugar de enfrentar la invasión se confabuló con Gamarra: "cuyo tálamo compartía, ya que la esposa de don Agustín, la famosa Mariscal, de cuyo histerismo nos dejó páginas admirables Flora Tristán, por variar de los oficiales del Estado Mayor de su esposo, no desdeñaba a los jefes del ejército enemigo".¹¹

Nuevamente, una mujer que desafía los espacios masculinos, que ingresa abiertamente en el terreno público, es objeto de sanción moral en el discurso. La venalidad de una frase como la anterior no ofrece duda, pero podría decirse que el tono es motivado en la afrenta del marido al orgullo nacional. Sin embargo, como con Juana Manuela Gorriti, la reacción evidente del discurso masculino se inclina por la intriga de alcoba, en Bolivia o Perú, donde los hombres tienen mayor inseguridad sobre sus "posesiones" femeninas. Intrigas de las que Francisca Zubiaga nunca estuvo libre. Libelos que la llamaban "adúltera impía"; el viajero francés De Sartigues la ve como "una terrible compañera para un esposo honorable"; éstas son algunas muestras del elenco. Incluso, es famoso el supuesto romance, flirteo o coqueteo de Francisca con el libertador Bolívar en Cusco, al punto que Sucre le escribió a éste que Gamarra lo celaba ante la confesión de la propia mujer sobre su cortejo.¹²

Las circunstancias del matrimonio de Gamarra y Francisca son diferentes a las de Belzu y Juana Manuela. Un curioso acuerdo, fraguada la ceremonia de enlace, permitió liberar del encierro monacal a la joven cusqueña. Sin embargo, no hay testimonio de las circunstancias del encuentro romántico, como tampoco hay evidencias de desacuerdos matrimoniales; más bien, la mujer estuvo con el marido en todas las acciones de los turbulentos años de la iniciación

republicana peruana. El vínculo romántico que la unió al español Bernardo Escudero, hasta el fin de sus días, puede ser tenido como "prueba" de infidelidad. Bien visto, sobre el vínculo —por demás extenso y profundo— no se pueden saber sino los signos exteriores: lealtad, devoción, ternura, aprecio. Sin embargo, la ternura, el romance, van en contra de la otra imagen que de Francisca Zubiaga se ha hecho: la mujer varonil, preocupada por lo público más que por lo privado, capaz de todo por llevar adelante su política maquiavélica. El símil malicioso que le hicieron, con la representación de *La monja alferez* de Pérez Montalván en el teatro limeño, mereció una censura y un escándalo político.

Lo cierto es que la Mariscal desafió el imaginario del papel de la mujer y las relaciones de género. El discurso no lo perdonó pero el castigo del destierro y la muerte solitaria en la lejanía fue peor. No fue ella la única mujer que, en la práctica o en la literatura, cruzó los linderos permitidos y recibió un castigo infame: a fines de siglo, al cerrar el ciclo que Juana Manuela abriría en Lima, Clorinda Matto fue desterrada, Mercedes Cabello está desquiciada en el manicomio, Margarita Práxedes Muñoz se autoexilia en Chile, huyendo de la pobreza y la violencia doméstica. Pero también, curiosamente, ellas despertaron admiración, como sucede con Francisca, de quien el historiador republicano de Perú, Jorge Basadre, ha escrito:

el nombre de esta mujer excepcional tiene todavía un redoblar de tambor y sigue convocando a los azares de la emoción. Amenaza la primacía que entre las mujeres del pasado peruano tuvieron la "Perricholi" y Santa Rosa de Lima como símbolos de los dos extremos de su sexo, el pecado y la santidad, lo cortesano y lo divino. Amazona rediviva en los Andes, "monja alferez" reencarnada en la primera anarquía republicana, encarna no el amor a Dios o a los hombres sino al poder.

¿Mujeres sumisas?, o por el contrario ¿impías, cortesanas, adúlteras? ¿Incapaces de amar?

Júntese a Juana Manuela Gorriti y su pluma que no guardó silencio, a Francisca Zubiaga, luchando por lo suyo, amando de distintas maneras, a Manuela Sáenz, luchando por su patria y su amor, desterrada como las otras, solitaria y enterrada en el desierto del olvido. Las mujeres "extraordinarias" parecen conferir un grado "ordinario" a su voz disonante en el canto monocrorde de la historia oficial de las intrigas.

Podríamos seguir en la vida privada de ellas. Si Manuela Sáenz traicionó a su marido, el doctor inglés James Thorne; si Flora Tristán se casó obligada o por propia voluntad con el "rudo y mediocre" Andrés Chazal; si para escribir su testimonio y luchar por los derechos de la mujer dejó de lado a Bertera, Chabrier y otros que la "amaron apasionadamente", éstas son otras historias a las que no podríamos llegar sin el testimonio de páginas como las de Juana Manuela.

Juana Manuela en Lima

Luego de los sucesos personales y públicos de La Paz, que la obligaron a dejar Bolivia y a sus hijas, el rastro de Juana Manuela parece llevarnos a Arequipa, 1845-1850, donde alguien la llama "animadora de la vida cultural de Arequipa", aunque sólo parece deslizar la opinión sin evidencia alguna. No tenemos seguridad de la fecha en que se acerca en Lima, pero lo más aceptado es que su primera estadía fue entre 1850-1863. Alberto Varillas dice:

no adquiere sin embargo vigencia dentro del país durante su primera y larga permanencia en la capital (1850-1863) sino cuando, después del asesinato de su esposo (1865) se instala en Lima, donde vivirá más de una década y organiza sus conocidas veladas literarias.¹³

Eso sin embargo no se confirma por el testimonio de Angélica Palma, el estudio palmiano de Oswaldo Holguín y otros documentos. Ya había publicado en Lima —supuestamente antes de llegar, según esta cronología—, y se había producido un acercamiento a los bohemios, lue-

go de una polémica pública por la publicación de *La quena*, su primera novela.

Sobre Juana Manuela Gorriti, Oswaldo Holguín dice: "dama argentina casada con el caudillo boliviano Manuel Isidoro Belzú (*sic*)", se estableció en Lima avanzada la década de 1840-1850 —no da fecha exacta— y dio a conocer trabajos literarios muy pronto.¹⁴ *La quena* (leyenda peruana), fue dedicada a las limeñas:

Hijas de Lima, a vosotras cuya adorable bondad iguala a vuestra deslumbradora belleza, y cuya dulce voz y mano cariñosa han calmado mis penas y enjugado mis lágrimas, cuando, como el héroe de mi leyenda, vine con el corazón lleno de tristeza y desaliento a pedir a vuestro país un poco de reposo que me era negado en el resto de la tierra, a vosotras consagro este pequeño ensayo literario.¹⁵

Por lo anterior podemos suponer que la autora estuvo en Lima antes de 1848. La obra es una trágica historia con final dantesco que Ricardo Palma usó luego en "El manchay-puito", una de sus famosas *Tradiciones peruanas*. Dice Holguín: "Ganado por los años y la nostalgia, afirmó en sus memorias que *La quena*, obra que según él despertó grave polémica acusada de inmoralidad, era 'la más bella novela que se ha escrito en la América Latina', después de *María*, de Jorge Isaacs."¹⁶ El autor no encuentra en *El comercio* rastro de tal polémica. Sin embargo, Angélica Palma, quien sin duda guardó muy puntual los recuerdos de su padre, menciona "la época en que enconados ataques del elemento retrógrado a *La quena*, una de las mejores producciones de la novelista argentina, suscitaban ardorosas protestas del grupo juvenil".¹⁷ Varillas consigna la opinión de Palma en *La bohemia de mi tiempo*, sin matizarla, "la más bella novela que se ha escrito en la América Latina" después de *María* de Isaacs; el romance fue considerado una pieza "inmoralísima" por los mojigatos (similar redacción que la de Angélica Palma).

Luego, en 1852, también en *El comercio*, Gorriti publica "El guante negro", con tema argen-

tino. Ya entonces es una reconocida escritora en Lima. En esa época fueron famosas sus tertulias (que no deben confundirse con sus veladas literarias posteriores; se refieren éstas a la primera época, reuniones de charla y "tertulia", que no llegaron a estandarizarse). Juana Manuela era afectada a la música y a las bellas letras; atrajo y alentó a muchos "bohemos", nombre de la generación de escritores que fundó el romanticismo peruano.

Palma fue uno de sus más decididos admiradores, primero, y, más tarde, afectísimo amigo y camarada; así, en 1854, mediando aún cierto formalismo entre los dos, le dedicó la "Tradición", "Infernum el hechicero"; y en 1857, cuando su amistad era mayor, "La venganza de un ángel" (*sic*), relatos que acompañó de sentidas frases y versos de ofrecimiento escritos de su puño y letra en el precioso álbum de la atractiva señora.¹⁸

La dedicatoria de "Infernum" indica que Juana Manuela solicitó y alentó ésta que fue la primera "Tradición", llamada también romance por Palma. Dice que lo hizo tal vez impresionada por su antisantacruicismo y su truculencia, "pues gustaba de los asuntos macabros". En "La venganza..." Palma, que la escribió en y para el álbum de Gorriti, hizo la siguiente dedicatoria:

A Juana Manuela Gorriti
su mejor amigo
Ricardo Palma.
Para tu álbum, amiga,
Pides un cuento
Y aquel que en complacerte
Cifra su intento
Ahí te lo envía...
Y que tu alma le preste
Su poesía

Lima, octubre 23/857

En el anverso de la dedicatoria una acuarela representa a una pareja de palomas en actitud amorosa, ilustración propia del álbum y en relación con el relato. Al final y al margen, Palma

anotó: "Candideces de muchacho/R.P./1902" (Holguín, p. 398). Se publicó, sin los versos, en 1866.

Palma comentó que desde 1851 la casa de Juana Manuela era "centro de la juventud literaria", "centro de reunión" de los intelectuales de la época. Los bohemos la trataban "con la misma llaneza que a un compañero".

Angélica Palma consigna la anécdota que "confirma la estimación que la dama argentina tuvo por su padre". El bohemio Clemente Althaus se hallaba un día en su sala.

de mejor talante que de costumbre por ser el único visitante. Entró Palma, y Althaus torció el gesto; el recién llegado también lo puso hosco.

—¿Qué tiene usted, Ricardo? —preguntó la dueña de casa.

—Nada señora; un ligero dolor de cabeza.

—Yo lo curaré —contestó ella sonriendo; y, después de echar sobre su pañuelo su aliento cálido, lo aplicó a la frente del joven, que muy a gusto, se dejaba mimar.

—*Madame* —exclamó Althaus, testigo disgustado de la escena, acentuando la impertinencia de sus frases con el empleo de idioma extraño, *ce n'est pas une femme comme vous qui doit ces gentilleses envers un jeune homme*.

—*Monsieur* Althaus —respondió la literata— *ce n'est pas un enfant comme vous qui peut faire des observations à une femme comme moi; prenez mon mouchoir et mouchez vous*.¹⁹

La hija de Palma sugiere que eso ocurrió en 1870, pero debió ser hacia los años 50 pues en 1857 ya Palma trataba de tú a Gorriti. Holguín piensa que la anécdota habla de la personalidad de la anfitriona, "de su estilo de mujer experimentada en el trato social, desinhibido y hasta algo mundano" que a Palma y otros "sin duda impresionó y cautivó". Cree Holguín que Juana Manuela Gorriti venía de alternar en un alto mundo de Argentina y Bolivia, con personajes y que "sabía conducirse con la elegancia y

altura propias de una dama familiarizada con las normas de la urbanidad aristocrática de su tiempo". Palma lo apreció e incluso lo asimiló (p. 193). Sigue a su manera la impresión de Angélica Palma: "dama de treinta y tantos años, mujer al fin y al cabo, no descuidaría el salpimentar sus charlas y consejos de hermana mayor con tal cual granito de coquetería" (p. 72).

Su primera estancia en la capital peruana fue entrañable. La historia limeña y la de la literatura peruana no pueden prescindir de esos encuentros culturales, de quienes escribían las primeras imágenes nacionales, en una ciudad que, gracias a la prosperidad proporcionada por las crecientes exportaciones, podía abrirse a la modernidad y al republicanismo. En ese momento, esta mujer de vida agitada y apasionada fue un faro de congregación y suscitación.

Luego de su regreso a Bolivia, entre 1863 y 1866, cuando muere su marido, retorna a Lima 1866-1877, época en la que patrocina sus famosas "veladas literarias" en 1876. Fue la cumbre limeña de la literatura romántica y de la vida social y bohemia. Permaneció Juana Manuela en Lima hasta poco antes del inicio de la Guerra del Pacífico (1879). Pasó nuevamente por Arequipa donde en 1877 se publica "A la eminente escritora Juana Manuela Gorriti: homenaje a su paso por Arequipa", colección de poesías de literatos de esa ciudad. Luego por su natal Salta, hasta su final establecimiento en Buenos Aires (1877-1892).

Sin embargo, de esta presencia notable en el medio literario limeño, como señalamos, su registro ha sido muy pobre en Perú. Un párrafo sintetiza la pobre imagen que Juana Manuela Gorriti ha tenido en la historia literaria peruana:

En el caso de la Gorriti, los recuerdos literarios no olvidan ni su relación matrimonial con el general Belzú (*sic*), luego presidente de Bolivia, ni sus veladas literarias. Sin embargo pocos se acuerdan de su obra literaria propiamente dicha: Palma, quien la conoció bien, se limita a decir de ella que conformaba el grupo de quienes por aquellos años "manejaban con algún brillo la pluma del prosador o del poeta" y que es-

cribieron para *La Revista de Lima* [no dice que también se expresó encomioso sobre *La quena* en el mismo texto]. Riva Agüero, después de pedir disculpas por su franqueza declara que "como escritora me parece detestable. Son sus obras las tediosas, afectadas y tontas que produjo la escuela romántica [...] Si algún recuerdo merece *La quena* es porque por la fecha de su publicación (1846) resulta ser una de las primeras obras francamente románticas que se escribieron en el Perú". Los demás historiadores de la literatura peruana la soslayan.²⁰

La Revista de Lima (octubre de 1860-junio de 1863) fue el gran aporte de los románticos. Fundada por José Antonio de Lavalle y José Toribio Pacheco, fue dirigida por Casimiro Ulloa (1859-1860), Lavalle (1860-1863) y Palma (1863). En ella escribe Gorriti y es una de las animadoras de esa publicación. Con ella, también otras mujeres escribieron en Lima.

Una presencia notable de mujeres escritoras aparece con lo que Varillas llama la generación de 1837-1851. Antes sólo estaban Flora Tristán, polémica y tangencial, la propia Gorriti, Juana Manuela Laso de Eléspuru, que hizo tres obras de teatro y "mediocres" poesías; entre los románticos de 1821-1836, las "discretísimas" Rosa Mercedes Riglos de Orbegoso —a quien consideraba promotora— y Teresa González de Fanning —a quien consideraba como educadora. En otro momento, al hablar de la generación de 1822-1836, figura Rosa Mercedes Riglos de Orbegoso (1826-1891) como "dama de sociedad que participó de las veladas literarias de la señora Gorriti y que organizó reuniones similares". Escribió con el seudónimo de "Beatriz" en *El Correo del Perú*, *El Perú Ilustrado* y otras publicaciones de la época.

En la aludida generación (1837-1851), aparecieron: Mercedes Cabello de Carbonera y Carolina Freyre de Jaimes, de "importancia como novelistas"; Lastenia Larriva y Carmen Potts, periodistas; una poetisa "fecunda", Felisa Moscoso y una ensayista y compositora, Manuela A. Márquez.

Varillas no menciona en su repertorio a Margarita Práxedes Muñoz, nacida en Lima en 1848, quien escribió *La evolución de Paulina*, novela que según Francesca Denegri (*El abanico y la cigarrera*, p. 125) intentaba revelar el anacronismo de la Iglesia católica en una era de "realidades científicas". Margarita se estableció en Chile en 1885 "huyendo de la pobreza y de un marido violento" y escribió su novela en 1893. En San Marcos obtuvo su grado de psiquiatría médica y ejerció como médico en Santiago y luego en Añatuya (Argentina), donde falleció.

Las cumbres de la escritura femenina fueron Mercedes Cabello y Clorinda Matto, las fundadoras de la novela en el Perú, con tema social, realista y moderno; la una escribió en ambiente urbano —con polémica y escándalo cuando retrató la vida limeña y puso un tinte anticlerical a su discurso—; la otra, en el campo serrano. La más reconocida por la crítica ha sido Clorinda Matto y la "coronación literaria" de Clorinda fue el 28 de febrero de 1877 en las veladas de Juana Manuela. Mercedes Cabello era una discípula de Gorriti con quien tenía una amistad literaria y personal muy cercana. El 21 de septiembre de 1876 se inició también en las veladas Abelardo Gamarra, "el tunante", otro de los grandes costumbristas peruanos, de manera que el vínculo de Juana Manuela con los escritores y su aporte a varias generaciones fue un hecho muy concreto.

El "ángel del hogar": discurso preceptivo y voz femenina en las formaciones culturales nacionales

Juana Manuela Gorriti y Carolina Freyre de Jaimes

La escritura de Juana Manuela fue un episodio peruano, de la Lima de mediados de siglo. Llegó casi fugada de su drama boliviano y vivió de la literatura y la enseñanza de niñas. Mostró hacia Perú mucho más aprecio que el que hasta ahora ahí se le ha dado a su figura. Ella fue una animadora de la vida cultural. Dirigió revistas,

escribió en diarios, organizó veladas literarias, una práctica que compartió con otras iniciativas similares en otras latitudes americanas. Su prestigio fue inigualable y la vida limeña de nuestro personaje puede ocupar muchas páginas. Pero detengámonos en esta segunda parte, más que en la biografía, en el contexto y los significados de la práctica literaria de Gorriti y otras mujeres escritoras en la capital peruana, y otras capitales americanas, donde se definía y debatía la construcción de las relaciones de género y el papel de la mujer en la sociedad cuando las pasiones del inicio republicano habían cedido lugar a otras condiciones de vida, a otras perspectivas, a otras biografías.

En 1874, en el Club Literario de Lima, cenáculo intelectual patrocinado por los civilistas entonces ya en el poder, Carolina Freyre de Jaimes se convirtió en la segunda mujer que recibió el honor de integrarse a ese selecto y prestigioso centro de producción ideológica —la primera fue nada menos que Juana Manuela Gorriti. Ése fue el punto culminante de un proceso que los intelectuales románticos y civilistas proclamaron: "milagrosa transformación de la mujer se ha cumplido" en el Perú (Ricardo Rossel en el discurso de presentación de Carolina Freyre).

Bien mirada la literatura, y el discurso de la época en el que se inscribían los éxitos sociales de los trabajos de Gorriti y de Freyre, se trataba de un mensaje prescriptivo. La mujer debía ser la guardiana del hogar, santuario básico de la sociedad criolla deseada: blanca en lo racial, moderna en lo ideológico —antitradicional, superación de lo colonial como sinónimo de estancamiento y ocio— y burguesa en lo social. En 1858, el escritor liberal —pero canónico de oficio— Francisco de Paula González Vigil, puso la cumbre del discurso en su *Importancia de la educación del bello sexo*. La mujer, por la educación, se integraba a la vida nacional. Pero a la vez, como lo sintetizara en un eterno dicho la propia Carolina Freyre, el lugar de la mujer era el de "ángel del hogar": guardiana de lo privado burgués, donde el hombre encontraría el remanso a su lucha en el terreno de lo público. El hogar y la familia nuclear eran la piedra angular del discurso moral de la burguesía en ascenso.²¹

Tal vez el punto donde mejor se notaba la prescripción burguesa criolla respecto al género femenino era en la lucha por lograr que las mujeres criollas aprendieran a querer criar a sus hijos. Como es bien sabido, hasta fines del siglo pasado, el contratar nodrizas o "amas" que incluso amamantaban a los niños, era práctica común en una ciudad como Lima. Las mujeres negras fueron especialmente requeridas para amas de pecho y nodrizas de los vástagos de las familias criollas y burguesas. Contra esa práctica se alzó un discurso prescriptivo que tuvo su impulso mayor ya a fines del siglo XIX e inicios del XX. María Emma Mannarelli ha señalado cómo la familia no era nuclear; "el discurso dominante no ha definido con precisión los contornos de la identidad femenina a propósito de la maternidad".²² Hay sin embargo una gran mortalidad, infantil y femenina, y la práctica del Estado fue la de dar seguridad a los nacimientos, velando porque la familia fuera el sostén de la sociedad imaginada.

Pero, así como los escritos —y las prácticas sociales— de estas mujeres podían cumplir con un papel funcional para la ideología de clase en surgimiento, también fueron un resquicio de prédica por derechos de la mujer que transgredían claramente el papel que se le asignaba en la sociedad, incluso en el moderno proyecto republicano burgués.

Juana Manuela y Carolina Freyre fueron amigas y colaboradoras. Carolina Freyre de Jaimes escribió *Un amor desgraciado*, en Tacna, en 1868. Dice Basadre de ella: escritora tacneña, relacionada con una familia de impresores y de periodistas de esa ciudad, casó con el intelectual boliviano Julio Lucas Jaimes y fue la madre del gran poeta Ricardo Jaimes Freyre.²³ Su padre fue Andrés Freyre, editor y periodista. En Tacna, editó en 1869 una obra del político boliviano (ministro en Lima en los comienzos de la guerra de 1879) Zoilo Flores y la tradición dice que colaboró en la obra llamada *Efemérides americanas precedidas de un bosquejo histórico sobre el descubrimiento y la guerra de la Independencia de la América española*.

En 1878 publica en Tacna *Marta de Vellido*, drama histórico en cuatro actos y en verso. En

1879 se representa en Lima su *Blanca de Silva*, episodio de la época colonial, drama en cuatro actos que luego se publica en La Paz en 1883.

La actividad literaria de Carolina de Freyre fue notable. Su amistad con Juana Manuela, con quien dirigía la revista femenina y cultural *El Álbum*, se rompió bruscamente antes de que Juana Manuela dejara Perú.²⁴ El motivo, conforme dejan ver las fuentes, habría sido un intento poco feliz de Carolina y su esposo, Julio Lucas Jaimes, que también escribía en Lima con el pseudónimo de "D. Javier de la Brocha Gorda" —con un estilo de imitación de Palma, según Juana Manuela, quien nunca perdonaría la ofensa— de prohijar una "tradición" de Palma, usando el chisme boliviano de la infidelidad de Gorriti y la violencia desatada en torno a ella entre Ballivián y Belzu.²⁵

Distintos escenarios, una misma representación

Como en el Perú del intento de modernización de la segunda mitad del XIX, en México el discurso modernista, asociado a la alborada de la época de Porfirio Díaz, conocida como el "porfiriato", produjo un discurso similar. El mensaje preceptivo de la vida cotidiana para la mujer del porfiriato la demandaba como guardiana del hogar, mujer moderna que en su papel de madre y esposa, trabajadora del hogar, acabara desterrando lo tradicional colonial. Paralelamente, el discurso tenía por el contrario un componente tradicional: esa guardiana del hogar, trono de la mujer, debía a su vez ser sumisa, obediente y dependiente del varón, el mismo carácter esencial del discurso colonial. Mientras el discurso político comportaba ese mensaje, el discurso literario lo completaba. Isabel Prieto de Landázuri, en 1882, escribía, como en Lima nuestra novelista Carolina Freyre, que la mujer debía ser el "ángel del hogar".²⁶

Tanto en México como en Perú, el discurso era funcional a la ideología dominante que pretendía construir un lugar para el género femenino en la comunidad imaginada para la nación. En México, cuando en Perú dominaba el

romanticismo, un discurso “de patria” —que vinculaba a lo literario como fundación de una imagen nacional— adelantó la figura hogareña de la mujer, conminándola a que criara a los niños para el bienestar futuro de la nación. Intelectuales fundadores del discurso republicano mexicano, como Lucas Alamán y Joaquín Fernández de Lizardi (el *Pensador Mexicano*), difundieron la incorporación liberal nacional de la mujer frente a un discurso marginador de la misma en la vida pública, que circuló luego de las luchas por la independencia. En un suelto impreso en 1835, de tipo satírico, el autor dice: “mujer, motivo de muerte/mujer, medio del pecado/mujer, mal en lo vedado/mujer, mentira más fuerte/mujer, monstruo que pervierte/mujer, víbora fingida/mujer, ponzoña florida/mujer, basilisco airado/ mujer, demonio encarnado/mujer, infierno en la vida”.²⁷

La mujer mexicana siempre mostró una fuerza extraordinaria en la lucha pública. La mujer “varonil” ha tenido en México un papel importantísimo. Jean Franco menciona algunas mujeres iconos, mujeres extraordinarias, como la chamula Agustina Gómez Checheb, “la madre de Dios” en la guerra chiapaneca de 1868, y Teresa Urrea en 1889, visionaria y curandera, la “santa de Cabora”. Fueron personajes vinculados a movimientos étnicos y de resistencia católica a los cambios laicistas.²⁸ También es mencionable el desarrollo del icono de la Monja Alférez, mujer vestida de varón en la historia fantástica del siglo XVII, que se “mexicanizó” en el discurso literario del siglo XIX.²⁹ Por otra parte, y tanto más importante para este argumento, la participación pública y en la política de la mujer mexicana está magníficamente representada en las figuras de “la güera” Rodríguez —contacto de Hidalgo en México— y María Leona Vicario —pareja del insurgente Andrés Quintana Roo—, cuyo símbolo femenino paralelo en Perú sería la heroína María Parado de Bellido.

El discurso “incorporador” de la intelectualidad varonil de la fundación mexicana fue ambiguo sin embargo, ya que desarrolló un discurso paralelo y más eficaz en lo prescriptivo, contra la participación pública de la mujer. Lucas Alamán atacó a María Leona Vicario en

1828, atribuyendo despectivamente su papel público a sus “amoríos” con quien fuera su esposo, el líder Quintana Roo. Mientras que Joaquín Fernández de Lizardi, en su obra *La quijotita y su prima* (1818), presenta las dos posibles mujeres, la quijotita ilustrada, culta, mundana y la prima “Prudenciana”, quien como su nombre indicaba, era prudente y sumisa, una femenina compañera del Quijote, para quien el destino deparaba la mejor suerte: la mujer felizmente casada, frente al destino desviado y perdido de la ilusa ilustrada que traspasaba la barrera de la moral.³⁰

En la literatura, algunas mujeres aparecieron como escritoras de forma parecida a las de Lima, como Laura Méndez de Cuenca, autora de una de las pocas novelas escritas por mujeres, y Concepción Lombardo de Miramón, mujer del general Miramón, quien conspiró para defender la vida de su marido y luego escribió sus memorias como testimonio de su papel dentro de la familia y la historia del México de mediados de siglo.

Otras plumas femeninas son importantes en la historia de México, pero más como testimonio. Madame Calderón de la Barca, cuyo verdadero nombre era Frances Erskine Inglis, esposa de un diplomático y noble español, pasó una temporada en México entre 1839-1841 y dejó un testimonio literario.³¹ Escrito como cartas personales, es una fina y curiosa muestra de la vida en la ciudad. Es muy conocido y poco apreciado por las opiniones acerca de costumbres, higiene, aspecto, etcétera, de los mexicanos. Junto con un libro fundacional del costumbrismo mexicano, de Manuel Payno, son las fuentes más conocidas de la vida urbana de México a inicios de la vida republicana.

En un estudio de Ana Lau Jaiven se muestra que la educación femenina no era una tarea de interés dentro de los proyectos mexicanos de la primera época republicana. Entre otros documentos, la autora usa el testimonio de madame Calderón de la Barca sobre la vida urbana, las costumbres en el vestir, la presencia de la religión en la vida cotidiana, la educación especial de las damas de la alta sociedad, a quienes estaba permitido opinar de política, lo que hacían

con conocimiento y elocuencia —una de las primeras obras de pluma femenina que, a pesar de su conservadurismo, transgrede el silencio literario femenino fue la biografía de Concepción Lombardo de Miramón, opinando sobre política incluso.³² No hubo, pues, un desafiante interés por integrar a la mujer a un nuevo proyecto nacional que implicara una nueva educación. Aquí es interesante la opinión de Manuel Payno, el autor insuperable de las costumbres de mediados de siglo en *Los bandidos de Río Frío*: dice que “una mujer que no sabe coser y bordar, es como un hombre que no sabe leer ni escribir”. La mujer podía leer, pero ni mucho (“cuanta novela y papelucho cae en sus manos”) ni poco (“que les causa hastío el sólo ver un libro”), ni algunas cosas a las que los varones sí podían acceder (Lutero, Bocaccio, etcétera): “una mujer no debe jamás exponerse a pervertir su corazón, a desviar su alma de esas ideas de religión y piedad que santifican aun a las mujeres perdidas”. Las que trasgredían este espacio eran condenadas: “una mujer que lee indistintamente toda clase de escritos, cae forzosamente en el crimen o en el ridículo”.³³

La escasa presencia y trascendencia literaria de las mujeres en el siglo XIX mexicano se revela en el libro de compilación *Las voces olvidadas*.³⁴ escritoras dominadas por un discurso religioso primario, testimonios personales o de viaje marcadamente conservadores, alguna crónica. La escritura se desarrolla más con los periódicos, ya en la época porfiriana, teniendo su cumbre en *Las hijas del Anáhuac* (1873) —publicado por una de las más conspicuas escritoras del siglo llamada Laureana Wright de Kleinhans—, sucesor del *Semanario de las Señoritas Mexicanas* (1841) y de *La Ilustración*, también semanario de las señoritas mexicanas (1869). Más información rescatada de papeles sueltos, periódicos —no sólo los destinados a las damas— y otras publicaciones, que abren el panorama del interés femenino por su espacio y del interés prescriptivo por lo femenino, aparece en la compilación paralela del INAH, *El álbum de la mujer*.³⁵ El panorama de estos escritos, de mujeres y sobre la mujer, no es el de una polémica abierta ni el de una vocación por recons-

truir los papeles de género, con todo lo recuperado —que es mucho y tiene mucho que decir, como lo revelan los trabajos referidos—; queda la imagen de un obligatorio repliegue femenino hacia sus espacios consagrados y hacia las actitudes estereotipadas de sumisión y abnegación hogareñas.

Pero mientras que en México las mujeres escritoras eran pocas, en Perú fueron muchas, y si en el primer país escribieron por temor a ingresar en un campo público que no era el suyo y de alguna manera aceptando inclinarse ante la prescripción masculina dominante para entrar en el círculo literario, en Perú su discurso tenía un contramensaje feminista, incluso en la literatura y desde luego en sus prácticas vitales; como veremos también ocurrió en Argentina.

Sin embargo, aunque sólo en el aire frívolo y bohemio que la intelectualidad pretendía darse a imagen de los aires europeos, un paralelo mexicano de las tertulias limeñas llevadas adelante por Juana Manuela Gorriti puede establecerse con las reuniones en los salones de Fanny de Testa o Natali de Testa, en el Hotel de Iturbide, sobre Plateros, donde también funcionaba el Restaurant Recamier, en la segunda mitad del siglo XIX mexicano. Reuniones “frívolas” que criticaron Manuel Gutiérrez Nájera y que describiera testimonialmente Federico Gamboa, el autor de *Santa*.

Federico Gamboa (1864-1939) contribuyó decididamente a la incorporación literaria de la mujer en México con su novela *Santa* (Barcelona, 1903), uno de los más sonados éxitos literarios (personaje que acabaría por devorar a su inventor y volverse más real que la realidad —José Emilio Pacheco—) que terminó extendiéndose en otras formas de comunicación social como el teatro y el cine. La obra comienza en 1916, después del inicio de la Revolución, y logra un incontenible ascenso. Fue la primera película sonora en México, estrenada en 1932. Al año siguiente Agustín Lara compone *Santa* e interpreta a uno de sus personajes en una comedia musical (el pianista ciego Hipólito) y desde entonces el éxito de la novela se redobla. En 1938 la novela tiene su décima edición. Has-

ta hoy, *Santa* tiene cuatro versiones cinematográficas.

Federico Gamboa viajó a Buenos Aires en 1891 (¿conoció a Juana Manuela Gorriti?) y es ahí donde debe haber terminado su libro, *Impresiones y recuerdos*, aparecido en 1893. Unos cuentos realistas, sin ficción, recordando un México que se iba, escritos a vuelapluma, ligeros y autobiográficos, son un antecedente de su obra más larga, *Mi diario*, que empezó también en Buenos Aires y, en cinco entregas, abarcó desde 1892 hasta 1938. *Impresiones y recuerdos* tuvo una redición en 1922 pero desde entonces permaneció olvidada, hasta su reciente recuperación de unas páginas que, a juicio de José Emilio Pacheco son “acaso las mejores”.³⁶

Uno de los cuentos trata de “Un salón artístico” (pp. 41-46). Gamboa conocía a Fanny de Testa porque se leían, ambos redactores de *El Diario del Hogar*. Natali de Testa había llegado a México en una compañía de ópera y “se nos quedó para siempre”. En la calle San Francisco se conocieron una tarde, ella elegante siempre, como la oteó Gamboa muchas veces en el teatro, acompañada de Rita su hija, “una rubia canadiense como de dieciocho años, alta, bien hecha, deliciosa”. Invitado a las reuniones que realizaba los lunes de seis a diez en su casa en el hotel Iturbide, en la calle de Plateros, Gamboa comenzó a frecuentarla e inició “una de esas intimidades que parece que provinieran de los desengaños” pasados o por venir, acechando, “detrás de cada sonrisa femenina, entre las flores de los sombreros de paja que guardan y defienden cabecitas que han de sernos idolatradas”. Intimidad y galanteo que no debían pasar la barrera de los temores masculinos del joven, eran explicados por Gamboa como: “nos separaban muchos años para que el diablillo de las flechas pudieran hacernos una de las suyas, y como no podíamos dañarnos nos dimos a querernos, en virtud de la eterna atracción de los sexos, un cariño franco, abundante”. Un bohemio joven y ávido, una dama concedora, dueña de las situaciones, socialmente aceptada por ministros extranjeros, periodistas, escritores, músicos. ¿No pudo haber escrito Palma algo parecido hacia 1870 sobre Juana Manuela Gorriti?

Eran los años de 1885-1887, a los 21 de edad, “el pajarito”, como era conocido el joven bohemio de la noche mexicana, firmaba como *la Co-cardière* en el diario opositor de Filomeno Mata, que cobijaba las notas artístico-musicales de la señora Testa, quien además formaba artistas y cantantes en lecciones a domicilio. Experta en su materia, sus notas eran leídas con avidez, además de curiosidad cuando se trataba de las descripciones que hacía de las fiestas del gran mundo, a las que siempre era invitada: “las señoras se desvivían por saludarla, los caballeros por servirla y ella, amable, sonriente, ilustrada, vivía contenta”.

El salón de Fanny, donde brillaba Rita, quien “causó una pequeña revolución entre los hombres” de México, era frecuentado por artistas, políticos, literatos y sobre todo “cuánta fisonomía inteligente, cuánta mujer bonita...” como quedara impresionado Gamboa. El punto culminante en la narración del autor del “cuento sin ficción” fue la presencia de Ignacio Altamirano, el maestro admirado, quien hablaba brillante en el salón sobre literatura, política, galanteos y “de cuando en cuando sacudía su melena, su cara de león se animaba, crecido ya con la propia plática y exclamaba regocijado, contentísimo: ‘Soy indio, indio puro, ¡indio por los cuatro costados!’”

Un México que se transformaba en los inicios del porfiriato, una nueva imagen que nacía, tuvo en la pluma de Gamboa y en su vida una de sus cumbres. A los años, la distancia y la nostalgia, el salón artístico, las crónicas de Fanny, la bohemia que juntaba los elementos del nuevo mundo nacional, eran retratados en las *Impresiones y recuerdos*, “un libro habitable, el descenso a un pasado que sólo consta aquí, la vuelta imaginaria del hijo pródigo al edén subvertido de un México, otro más en la cadena sin fin de mutaciones, que ya había desaparecido cuando el autor regresó de Buenos Aires” (José Emilio Pacheco). En esas páginas no podía faltar el salón literario y artístico, la mirada alta de una mujer, como invitando e intuyendo; la bohemia, la tertulia, la usina, movida por los pasos de un baile —un bostón, se llamaba— entre jóvenes que se encontraban, que mecían sus sueños en

los acordes de valsos, donde nacía una imagen del mundo, una nación.

Imaginación nacional y visiones de género en la literatura femenina

En Buenos Aires, como en Lima o México, las revistas para mujeres proliferaron en las primeras décadas republicanas. Una preocupación por el papel de la mujer en la comunidad nacional imaginada era evidente entre los escritores varones, productores de ideología y de un balbuceante discurso dominante nacional. Como en Lima, en estas publicaciones la pluma femenina era invitada cotidiana. Ahí también el mensaje era el de poner a la mujer, con los mismos términos que Lima y México, como “ángel del hogar”. Los escritos femeninos demandan el respeto por el papel de la mujer en el hogar, al que convertían en lugar seguro contra la tiranía y proclamaban la necesidad de la educación femenina, que no se contradecía con sus otras obligaciones hogareñas. Publicaciones como *La aljaba*, dedicadas al “bello sexo”, se difundían tan temprano como en 1830. La maternidad republicana, proclamada desde el discurso hegemónico en formación, fue usada por las escritoras para defender derechos femeninos, abrir un espacio en la conformación nacional para la mujer, reflexionar sobre sus derechos y desarrollarse en la educación en donde destacaban de manera tal que había más mujeres que hombres alfabetos. El discurso maternal burgués puede ser leído, en la pluma femenina, como un paso de confrontación, toma de conciencia y lucha de la mujer de la ciudad criolla en el nacimiento de la nación.³⁷ Es lo que ocurrió en Lima con las veladas de Juana Manuela Gorriti y con las revistas femeninas, entre las que destacó *La Alborada*, dirigida por la propia escritora salteña.

En un estudio renovador, Efraín Kristal ha señalado que fue en 1860 cuando novelas y cuentos que podemos llamar indigenistas, fueron publicados por intelectuales que se agrupaban tras el novel sector explotador de los grupos dominantes de la sociedad peruana.³⁸ *Sé bueno y serás feliz*, de Ladislao Graña y, sobre todo, *Si*

haces mal no esperes bien, de Juana Manuela Gorriti, son las obras que llevan el nuevo discurso sobre el indio en el proyecto de Perú exportado por la oligarquía terrateniente.

Poco conocida o difundida, esta obra de Juana Manuela Gorriti trata de una joven y un muchacho que se enamoran sin saber que eran medio hermanos. La chica era fruto de la violación de una india por un militar. Se trata de un argumento similar al de aquel que la crítica literaria peruana ha considerado como primera obra indigenista, salida de la pluma de la otra cusqueña fundadora de la novela peruana, Clorinda Matto de Turner. La novela de Matto apareció en 1889, en un contexto diferente, dominado por un discurso crítico, posromántico, mientras que la de Gorriti fue publicada en 1861. Cabe recordar que fue justamente Juana Manuela Gorriti quien patrocinó a la escritora cusqueña en sus primeras lides literarias, en sus famosas “veladas literarias” llevadas a cabo semanalmente en su propia casa. El cuento de Gorriti, ha señalado Kristal, “arremete contra la opresión de los indios por parte de un sistema feudal corrupto, el mismo que, unos treinta años más tarde, sería blanco de las invectivas de González Prada”.

Francesca Denegri,³⁹ por su lado, en el mejor trabajo sobre historia de las mentalidades y de género que ha aparecido últimamente, ha ubicado la obra de Gorriti con diferentes criterios, reveladores de otras aristas del discurso indigenista y feminista que se descubría en ella. Un personaje indio reacciona contra los soldados violadores de las mujeres de su raza y se llevan a los niños indios como sirvientes a las ciudades. La violación, opresión directa de los blancos sobre los indios, de los hombres sobre las mujeres, y el desarraigo de la niñez en la ciudad, aparecen en el discurso. Discurso que era corroborado por la más cruda realidad.

Esa denuncia se hacía parte de una reinterpretación indigenista de la historia dentro de los cánones clásicos del romanticismo en la primera novela de Gorriti, *La quena* (1848), aparecida por entregas en el primer año de su residencia limeña, migrada desde Bolivia, su primera estación de exilio luego de la casi infantil salida

de su Salta (Argentina) natal. En el relato, un niño nace de la unión de la noble María Atahualpa y un capitán español. El niño crece con su madre en el pueblo indio hasta que su padre lo secuestra y lo lleva a Madrid. El relato cruza tres narraciones: la de la india María, la del mestizo Hernán, el hijo, y el de una esclava negra, Francisca, quien presenta la historia del desarraigo de su propia nación. El símil con la historia de los mestizos originarios, entre los cuales Garcilaso de la Vega se abre como prototipo, es evidente. Pero mientras el Inca Garcilaso abraza la cultura hispana y busca afanosamente incorporarse a ella, Hernán termina *La quena* regresando clandestinamente a Perú para recibir el emblema de último sucesor del imperio derrotado. Un tímido rey subterráneo que amenaza vindicar la violación originaria.

Un discurso muy atrevido, dentro del argumento romántico, con una reivindicación india, desde la visión femenina. Discurso desafiante que sin embargo fue ampliamente encomiado. Palma —como ya vimos— consideró el relato como “la mejor novela escrita en América desde *María* de Jorge Isaacs”.

El corolario de este movimiento, que estuvo liderado por escritoras, fue un artículo escrito por una autora olvidada, la cusqueña M. Ángela Enríquez de Vega —hermana de Trinidad María Enríquez, la primera mujer profesional peruana y decidida defensora de ideas sociales gremialistas— titulado *El indio* y publicado en la revista de Juana Manuela Gorriti, *La Alborada*, en 1875. Según E. Kristal, “es una exégesis más sistemática y cuidadosa de la cuestión indígena que cualquier artículo escrito por Manuel González Prada”. Por su parte, *La Alborada*, periódico publicado por Gorriti, fue la antesala del discurso que otras mujeres como Mercedes Cabello y Clorinda Matto continuarían.

En 1886, cuando ya Juana Manuela vivía en Buenos Aires —y escribía nostálgica a sus amigos peruanos deseando volver— el Ateneo de Lima premió a dos escritoras como ganadoras del concurso internacional de literatura: Mercedes Cabello y Teresa González. El éxito literario de estas escritoras, que por entonces llevaban adelante un discurso de reivindicación

feminista, ha sido explicado por Francesca De-negri de una manera que las vincula con una imagen de la etnicidad hasta entonces hegemónica. Así, a pesar de que las novelas estaban todavía dominadas por el estilo romántico criticado desde la posición de Manuel González Prada, los intelectuales líderes de la oposición literaria encomiaron el discurso de ambas escritoras. Bien vistos los argumentos, los personajes “de color” desempeñaban en esas narraciones un papel amenazante, corruptor, eran los y las portadoras de valores que la ideología de los exportadores modernizantes querían desterrar.

En las novelas de González y Cabello los actores centrales de las narraciones, de la élite criolla, incluso las mujeres, aparecen amenazados por miembros de una cultura diferente, *otra*, subordinada, popular. El varón oscuro, el negro o mulato, aparece dotado de una sexualidad destructiva. El mismo mecanismo cultural se encuentra en obras de Juana Manuela Gorriti como *El ángel caído*. La escritora que abrió, desde un discurso femenino, las puertas a una visión más integrada de lo nacional —al introducir la reivindicación cultural del indio, como en *La quena*— era también parte de ese contradictorio entramado de relaciones de clase y de género. Los negros aparecían poseídos por deseos sexuales destructivos, lo *bajo* sexual se hace *otro bajo* en la fijación racial de la represión. La idea de una sociedad diferente y excluyente era sutilmente presentada en las lecturas que estas mujeres pusieron en boga durante el periodo posterior a la guerra con Chile: los *otros*, los de *abajo*, usando el binarismo cultural de alto/bajo desarrollado por Peter Stallybrass y Allon White, eran socialmente periféricos, pero simbólicamente centrales en la ficción romántica escrita por mujeres y apreciada en los círculos ilustrados de la capital peruana. En otro orden de discursos, en México, los modernistas, que llevaban adelante una prédica crítica de la sociedad, hicieron la misma transcodificación de la parte baja del cuerpo, que olvidaban o reprimían, con lo bajo social, que se convertía en preocupación (Jean Franco lo ha identificado así en *Santa*, la novela de Federico Gamboa).

Final

Nación e imaginación se cruzan en la escritura y en la práctica de un ser sin duda excepcional. Biografía e historia se tejen para dar la imagen de una época. Discurso literario y práctica feminista hablan de una sorda lucha cotidiana en la

cual las mujeres de letras dejaron el testimonio de una búsqueda, íntima a la vez que pública y nacional, en la que pusieron, más que sus obras, sus vidas, parte todavía de las nuestras.

Notas

¹ Tulio Halperin Donghi, *Reforma y disolución de los imperios ibéricos 1750-1850*, Madrid, Alianza América, 1985, 383 p.

² Mary Louise Pratt, "Las mujeres y el imaginario nacional en el siglo XIX", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, núm. 38, Lima, 1993, pp. 51-62.

³ Lea Fletcher, "Patriarchy, Medicine, and Women Writers in Nineteenth-Century Argentina", en Bruce Clark y Wendell Aycock (comps.), *The Body and the Text. Comparative Essays in Literature and Medicine*, Texas Tech. University Press, Lubbock, Texas, 1990, pp. 91-101.

⁴ Juana Manuela Gorriti, *Obras completas*, t. III: *Tierra natal, Perfiles históricos y La cocina ecléctica*, Salta, Argentina, Fundación del Banco del Noroeste, 1993. Investigación y cuidado de la edición: Alicia Martorell. Las citas de Azurduy y Güemes son de *Perfiles*.

⁵ Juana Manuela Gorriti, *Obras completas*, tomo II: *Panoramas de la vida*, 2ª parte y *Misceláneas*, Salta, Argentina, Fundación del Banco del Noroeste, 1993, p. 341. Investigación y cuidado de la edición: Alicia Martorell. *Panoramas de la vida* es de 1876, editada en Buenos Aires; tenía como subtítulo "Colección de novelas, fantasías, leyendas y descripciones americanas". Ahí viene su retrato de Belzu. *Misceláneas* también está editada en Buenos Aires, en 1878: "Leyendas, juicios, pensamientos, discursos, impresiones de viaje y descripciones americanas".

⁶ Atilio Cornejo, *Historia de Güemes*, 2ª edición, Salta, 1971, 366 p. Tulio Halperin Donghi, *op.cit.*

⁷ Humberto Vázquez Machicado, "Glosas sobre la historia económica de Bolivia", en *Obras completas*, Humberto Vázquez Machicado y José Vázquez Machicado, edición de Guillermo Ovando y Alberto Vázquez, La Paz, Ed. Don Bosco, 1988, vol. IV, pp. 217-225, tomado de "Para una psicología del gobierno de Belzu", *La Razón*, 9 de marzo de 1947.

⁸ La información más importante se contiene en el artículo de Manuel Rigoberto Paredes, "Lo pasional en la historia de Bolivia, Ballivián y Belzu", en *Kollasuyo* 40, La Paz, 1942, pp. 76 y ss. También Humberto Vázquez Machicado se detiene en esto en "Belzu, la Gorriti y Ballivián. Amor y odio en la historia de Bolivia", en *Presencia*, Literatura y Arte, 14-12-1958; incluido con

variantes, en *Obras completas*, vol. IV, pp. 226-232. Todos los autores siguen sin dudarlo a Paredes, "documentado" en una supuesta carta del padre a las hijas, acusando la infidelidad, papel que fuera, según el propio autor, destruido por sus receptoras.

⁹ Emilio Rodríguez Mendoza, *La América bárbara*, Santiago de Chile, Biblioteca Ercilla, 1933, pp. 170-175.

¹⁰ José Luis Lanuza, "La novela de Juana Manuela Gorriti", Buenos Aires, Chabela, 1946 (reproducido en Alfonso Crespo, *Manuel Isidoro Belzu, historia de un caudillo*, La Paz, Biblioteca Popular Boliviana de Última Hora (Colección Juvenil de Biografías Breves), 1980, 53 p.

¹¹ Humberto Vázquez Machicado, *Obras completas*, vol. III, p. 412.

¹² Para un elenco de las fuentes y autores que han tratado la vida de Francisca Zubiaga, véase de Carlos Neuhaus Rizo Patrón, *Pancha Gamarra, La Mariscala*, Francisco Moncloa (ed.), Lima, 1967, 153 p.

¹³ Seguimos una exposición sistemática y generacional hecha por Alberto Varillas Montenegro, *La literatura peruana del siglo XIX*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1992, 349 p.

¹⁴ Oswaldo Holguín Callo, *Tiempos de infancia y bohemia. Ricardo Palma (1833-1860)*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1994, pp. 191-913. Es el trabajo más documentado sobre la vida y obra de Ricardo Palma, fundador en el siglo XIX de una literatura peruana y un imaginario nacional perdurable.

¹⁵ Tomado de *El Comercio*, 29.I.1851. La dedicatoria está suscrita en 2.I.1851.

¹⁶ Cita "La bohemia limeña...", vol. IV, p. 21 y *Tradiciones peruanas completas*, p. 1297.

¹⁷ Angélica Palma, *Ricardo Palma*, Ediciones Argentinas "Cóndor", Buenos Aires, Editorial Tor (Las Grandes Biografías Contemporáneas), 1933, pp. 71-72.

¹⁸ Biblioteca Nacional del Perú, ms. D-2394. Incluye una estampa coloreada a manera de ilustración que muestra a una dama junto a una joven con la leyenda "Doña Clara acaricia a Anjélica [sic]". El álbum está deteriorado por el agua y el fuego. En el f. 91 Palma escribió: "Grandísima tontería/de los veintiún años/R.P. (rubricado)/1902". Sin embargo, anota Holguín al re-

descubrirlo, ese mismo año lo publicó en la *Revista Nacional de Buenos Aires*, vol. XXXIII, pp. 282-286.

¹⁹ Angélica Palma, *op. cit.*, p. 72. La traducción de Holguín es: "—Señora, una mujer como usted no debe tener esas gentilezas con un joven. —Señor Althaus, un niño como usted no puede hacer observaciones a una mujer como yo; tome mi pañuelo y suénese."

²⁰ Alberto Varillas, *La literatura...*, *op. cit.*; no es cierto que todos la soslayan, la mencionan con el mismo tono despectivo. Algunos son absolutamente desinformados y hasta cómicos; recientemente la situación ha variado; el propio autor no deja de decir de ella cosas como: "el nombre más importante de esta generación" (p. 139) [la de los nacidos entre 1807-1821, o también: "animadora de la vida cultural de Lima y Arequipa durante las extensas temporadas que pasó en el Perú, aunque siempre con un previo "la argentina", o "extensas temporadas", llamadas a una vida entre nosotros].

²¹ Para un desarrollo de esta hipótesis y una visión general del discurso de estas escritoras véase Francesca Denegri, *El abanico y la cigarrera. La primera generación de mujeres ilustradas en el Perú*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1996, 215 p.

²² María Emma Mannarelli, "Las mujeres y sus vidas", *Ideele*, núm. 84, Lima, 1996, pp. 37-44.

²³ Jorge Basadre, *Bases documentales de la historia de la República del Perú*, Lima, vol. I, p. 423.

²⁴ Sobre el pleito entre Juana Manuela Gorriti y Carolina Freyre de Jaimes: ambas eran editoras de *El Álbum*, hasta el núm. 16 en que sólo queda al frente Carolina; el último artículo publicado por Juana Manuela Gorriti en la revista fue en 29-VIII-1874. En el semanario dominical *La Broma* se juntaron Palma y Julio Lucas Jaimes con otros satíricos, incluido Manuel Atanasio Fuentes. El semanario salió en 1877 y el 28 de abril de 1878 se dejó de publicar; escribieron en un especial de 1878, Mercedes Cabello, Manuela Villarán de Plascencia, Baronesa de Wilson y Carolina Freyre. También Juan de Arona (que luego atacaría vilmente a Mercedes Cabello). Jaimes ya firmaba D. Javier de la Brocha Gorda. Juana Manuela Gorriti está fuera de Lima. Carolina Freyre residía en Sucre en 1887, donde publicó una novela corta: *El regalo de bodas*.

²⁵ La ofensa acusada por Gorriti ha sido registrada por los biógrafos de Julio Lucas Jaimes en Bolivia. Véase las cartas de Juana Manuela a Ricardo Palma (Biblioteca Nacional, Lima) donde efectivamente manifiesta su animadversión por Jaimes y su esposa la señora Freyre.

²⁶ Carmen Ramos Escandón, "Señoritas porfirianas: mujer e ideología en el México progresista, 1880-1910", en C. Ramos E. et al., *Presencia y transparencia: la mujer en la historia de México*, México, El Colegio de México, 1987, 189 p.

²⁷ Véase al respecto la colección periodística de impresos, sueltos y hojas diarias que circularon en México, por José María Lafragua (Biblioteca Nacional de México).

²⁸ Jean Franco, *Las conspiradoras. La representación de la mujer en México (Versión actualizada)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, 240 p.

²⁹ Luis Miguel Glave, "Cinco mujeres y una historia extraordinaria", en Maruja Barrig y Narda Enríquez (comps.), *Otras pieles. Historia, cultura y género*, Lima, 1995.

³⁰ Jean Franco, *Las conspiradoras...*, *op. cit.*, p. 118.

³¹ Madame Calderón de la Barca, *La vida en México. Durante una residencia de dos años en ese país*, México, Porrúa, 426 p. La 10ª edición es de 1994.

³² Ana Lau Jaiven, "Retablo costumbrista: vida cotidiana y mujeres durante la primera mitad del siglo XIX mexicano y según viajeros anglosajones", en Regina Hernández Franyuti (comp.), *La ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX*, tomo II, México, Instituto Mora, 1994, pp. 365-410.

³³ Manuel Payno, *Sobre mujeres, amores y matrimonios*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes-Premiá, 1984.

³⁴ Ana Rosa Domenella y Nora Pasternac (eds.), *Las voces olvidadas. Antología crítica de narradoras mexicanas nacidas en el siglo XIX*, México, El Colegio de México, 1991, 451 p.

³⁵ *El álbum de la mujer. Antología ilustrada de las mexicanas*, vol. III, Julia Tuñón, "El siglo XIX (1821-1880)"; vol. IV, Martha Eva Rocha, "El porfiriato y la revolución", México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1991.

³⁶ Federico Gamboa, *Impresiones y recuerdos (1893). Memorias mexicanas*, México, CNCA, 1994, 167 p. Nota preliminar de José Emilio Pacheco.

³⁷ Francine Masiello, "Ángeles en el hogar argentino. El debate femenino sobre la vida doméstica, la educación y la literatura en el siglo XIX", en *Anuario del IEHS*, vol. IV, Tandil, 1989, pp. 265-291.

³⁸ Efraín Kristal, *Una visión urbana de los Andes. Génesis y desarrollo del indigenismo en el Perú 1848-1930*, Lima, Instituto de Apoyo Agrario, 1991, 224 p.

³⁹ *El abanico y la cigarrera...*, *op. cit.*

